

Pregón Semana Santa de Palencia

Por Fernando Caballero Chacón

Iglesia de San Francisco, 21 de marzo de 2024

HERMANDAD DE COFRADÍAS PENITENCIALES DE PALENCIA

D. FERNANDO CABALLERO CHACÓN

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo de Palencia

Alcaldesa de la ciudad

Presidenta de la Diputación

Consejero de Economía y Hacienda

Subdelegado del Gobierno

Representantes institucionales

Presidente de la Hermandad de Cofradías

Hermanos mayores de las hermandades penitenciales

Hermanos cofrades

Amigos todos que participáis en este acto

¡iii!PAZ Y BIEN!!!!

En la víspera de la celebración de la esperanza que es la Semana Santa, sean mis primeras palabras para agradecer a la Hermandad de Cofradías por proponerme como pregonero, y al obispo, don Mikel Garciandía Goñi, por ratificar el acuerdo. Una propuesta que me permite asistir a este acto a este lado del atril después de muchos años de vivirlo en el lado contrario, en un asiento cualquiera de la iglesia, con mi cuaderno y bolígrafo BIC en mano tomando las notas necesarias para trasladar las palabras y los mensajes de mis predecesores a la sociedad palentina a través de las páginas de El Norte de Castilla.

No sé si la dedicación a la Semana Santa en mi actividad profesional durante tantos años justifica el mérito suficiente para estar hoy aquí, a este lado del atril –la Hermandad de Cofradías y el señor obispo así lo han visto–, pero la Semana Santa ha formado parte de mi agenda de trabajo para informar a los palentinos no solo sobre el ciclo procesional que se inicia mañana Viernes de Dolores y concluye el Domingo de Resurrección, sino también para divulgar aspectos de la vida cofrade durante todo el año: cabildos, elecciones, actividades caritativas, agrupaciones musicales, belenes navideños, etc.

Cuarenta días de Cuaresma nos han preparado para vivir la Semana Santa en plenitud, en un camino de reflexión y de oración, pero también de acción, de caridad y de sacrificios, de encuentro con el Evangelio, con la mística de la plegaria. Y ahora nos volcaremos en vivir la Semana Santa en penitencia, para muchos cristianos desde la vida cofrade.

Concibo la vida cofrade como un conjunto de actividades, fundamentalmente religiosas pero también caritativas y sociales, que caminan hacia la celebración de la Semana Santa como la segunda fiesta mayor del cristianismo después de la Navidad –celebraciones que he citado por orden cronológico, no de importancia–, una celebración que se vive sobre todo en las calles a través de las procesiones, donde desfilan ceremoniosamente las cofradías y los pasos que representan la iconografía de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. La Semana Santa es una catequesis viva de fe y de arte, una manifestación de religiosidad popular cargada de devoción, intensidad y emoción, no solo por los hermanos cofrades sino también por los miles y miles de fieles que siguen con escrupuloso respeto las procesiones y los actos penitenciales. Esta celebración de la esperanza ha de vivirse con hondura, sinceridad y profunda fe apelando a las potentes raíces cristianas de nuestra sociedad.

Yo viví de niño una Semana Santa en Dueñas cuando los bares apagaban las luces al paso de las procesiones, una Semana Santa austera, rural y de mucha devoción, sencilla, íntima, de profunda fe popular, sin el boato estético que se ha introducido en las últimas décadas en todas las ciudades, y guiada espiritualmente en mi infancia por el párroco, don Vicente Sánchez, y posteriormente por su sucesor, don Javier del Río, obispo emérito de Tarija (Bolivia). Guardo en la retina de mi memoria la imagen del revoloteo de la bandera por un cofrade de la Vera Cruz en la iglesia del Cristo, y la presencia en las procesiones del ‘Ecce Homo’, de Diego de Siloé, la joya del patrimonio artístico eldanense.

De esa Semana Santa de Dueñas pasé a cubrir para el periódico la de Palencia, buscando siempre el rigor en mis informaciones y siendo fiel testigo y notario de su paulatino enriquecimiento artístico y estético, sin desdeñar por supuesto la dimensión religiosa y litúrgica. Mi trabajo no se pudo llevar a cabo sin la colaboración entusiasta de los hermanos mayores, de los muchos cofrades a los que por una u otra razón entrevisté y de los

sucesivos presidentes de la Junta Pro Semana Santa, cuando existió, y de la Hermandad de Cofradías. Quiero ilustrar mi agradecimiento a todos ellos citando a estos últimos con los que yo he trabajado y con los que mantuve y mantengo una magnífica relación: Ángel Manuel, Cayo de Juan, Antonio Merino Vitores, Ramón Polanco, Ángel Martínez, Domi Curiel y Antonio Motila Matilla.

Mi último paso personal fue, una vez que por traslado dejé la información en la delegación palentina de El Norte de Castilla, solicitar el ingreso en la cofradía del Santo Sepulcro siguiendo la tradición familiar, pero a la inversa, porque el testigo me lo pasaron mis hijos, Fernando y Ángela, que eran ya hermanos de esa penitencial.

Que la Semana Santa palentina posee muchas fortalezas es obvio: Sin entrar en detalle, que es no el objetivo principal de este pregón, se pueden enumerar: la devoción popular, las nueve cofradías, su importante número de hermanos (5.419 este año, aunque se ha producido un ligerísimo descenso, teniendo en cuenta que en 2011, ya con las nueve cofradías, había 5.537 cofrades en Palencia, 118 más), el desfile comunitario en todas las procesiones, las propias procesiones, los actos penitenciales y litúrgicos que las complementan, la llamada de hermanos, la calidad de los pasos y las singulares tradiciones, además del sonido largo, profundo y lastimero del tararú. La Semana Santa de Palencia actual se ha configurado a partir de la segunda mitad de la década de los noventa del siglo pasado: en el año 1995 había siete procesiones y en la actualidad se organizan 17; ese año desfilaron 23 pasos y ahora 40; ese año, en fin, existían siete cofradías y en estos momentos, dos más.

El crecimiento ha sido espectacular, lo que se ha traducido en estas últimas décadas en la sucesión de reconocimientos oficiales de fiesta de interés turístico: regional (1998), nacional (2005) y finalmente internacional en 2012, y que este año, con enorme acierto, se revalorizará y difundirá mucho más a través de las retransmisiones por Televisión Española de las procesiones del Jueves Santo y Viernes Santo y la Vigilia Pascual del Sábado Santo.

En el contexto de una Semana Santa de interés internacional, las cofradías palentinas trabajan en ese proyecto largamente deseado que es el museo que aglutine su patrimonio. El 20 de marzo del año 2000, hace justo

24 años, el entonces presidente de la Junta Pro Semana Santa, el recordado Cayo de Juan, ya hablaba del museo como una “vieja idea”. Más de dos décadas después, el museo sigue siendo esa idea que es necesario materializar. Incluso ha merecido de un joven cofrade palentino que ha decidido a este proyecto el trabajo de fin de grado.

El conjunto de las cofradías palentinas disponen de un patrimonio digno de ser mostrado al público más allá del ciclo penitencial de la Semana Santa: pasos procesionales de gran valor estético y artístico y otras imágenes que no procesionan –con la excepción de los titulares que se veneran en las iglesias y capillas–, documentación histórica, orfebrería, revestimientos litúrgicos, obras de arte –entre las que hay que destacar la colección de cuadros de artistas palentinos que han dado lugar a los carteles de los últimos diez años–, fotografías premiadas en los concursos convocados por la Hermandad, objetos curiosos que tienen un interés singular... En fin, todo un patrimonio que gira en torno a la Semana Santa palentina que, insisto, merece la pena ser exhibido de forma permanente en un espacio digno. Cofradías e instituciones deben seguir trabajando para encontrar ese espacio digno, que podría articularse en un gran centro museístico de carácter religioso que permita también incluir la Semana Santa de la provincia, con sus cofradías y hermandades, sus pasos y su patrimonio.

El ciclo penitencial palentino lo forman procesiones que yo clasifico en dos tipos: históricas y de oración. Las primeras, que suman nueve, son las que se ajustan al relato evangélico de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, y las de oración, las ocho restantes, son los desfiles, en su mayoría introducidos en las últimas tres décadas, que invitan a un encuentro reflexivo y orante con el sufrimiento del Mesías a través de la palabra, de la oración personal y colectiva y de las imágenes artísticas.

Esta es la esencia y fundamento de la Semana Santa: la expresión en las calles y en los templos del Misterio Pascual y el diálogo entre Dios y los hombres para glorificarle, implorar su perdón y solicitarle su intercesión y ayuda. Es la celebración de la esperanza que decía en mis primeras palabras. El ciclo penitencial palentino cumple esta doble condición en 17 procesiones y tres actos penitenciales. Y esta encomienda recae en las nueve hermandades que recuerdan y veneran, a través de sus pasos, los más importantes momentos de la Pasión. Ser cofrade significa un acto de fe y de

caridad, y es un vínculo de lo humano y de lo divino. Ser cofrade es una gozosa experiencia personal, pero también es un encuentro espiritual con el hijo de Dios que sufre en la Cruz y con su madre la Virgen que vive angustiada este sufrimiento que asume el Mesías para salvar al hombre del pecado, la destrucción y la ruina moral en que se ha visto envuelta, históricamente, la sociedad.

La historia de la Pasión se inicia en Palencia este **Viernes de Dolores**, jornada en la que la Iglesia conmemora los siete sufrimientos que experimentó la Virgen María a lo largo de su vida. El relato evangélico se altera en este ciclo penitencial con la procesión de la Sentencia, de carácter histórico, que organiza la Hermandad Penitencial de Nuestro Padre Jesús de la Sentencia, la cofradía más joven de la ciudad, creada canónicamente en el año 2011 y que estrenó su procesión en 2014 después de varios años en formato de acto penitencial. Tras varios itinerarios, incluida la salida por la puerta de Santa María de la catedral, el desfile se ha consolidado con el comienzo y el final desde el patio del convento de las Agustinas Recoletas, cuya iglesia, dedicada a la Virgen de la Expectación, es la sede canónica de esta cofradía, y donde se venera su paso titular, Jesús de la Sentencia, obra reciente de Ventura Gómez.

Esta es una procesión que se celebra con una imagen de Jesús que aúna el dramatismo castellano y el paso andaluz a costal. Es el único paso de la Semana Santa palentina que se carga a costal, un modo que permite un ritmo pautado por los movimientos secos y contundentes que remarcan el momento en el que el hijo de Dios escucha su condena a muerte, acto que en los últimos años se ha escenificado en los Cuatro Cantones, junto al Casino, y que cada año congrega a más público. La condena marca el desencuentro de Jesús con su pueblo, que delante de Pilatos pedían su crucifixión. En la obra de Ventura Gómez vemos al hijo de Dios de pie, con el rostro desencajado de quien escucha su sentencia vestido ya de nazareno, y ensangrentado por la corona de espinas, caminando por las calles de Palencia con la fuerza templada de los costaleros que soportan el peso en la séptima vértebra cervical. Una condena injusta que Jesús acepta porque sabe que va a morir para salvar a la humanidad del pecado.

Uno de los momentos más señalados de la procesión es la ofrenda que realizan los hermanos de la Sentencia a la Virgen. Es el guiño mariano de

una procesión nocturna que está arropada por la potente agrupación musical de la Santísima Trinidad, vinculada a la cofradía, mientras que los palentinos agradecen con emotivos aplausos el esfuerzo de los costaleros en los momentos de la ‘levantá’.

Sábado de Pasión. ¿Qué deben hacer los cofrades y los católicos en general en la jornada previa al inicio del relato evangélico de la Pasión? Respuesta: Llegar al Domingo de Ramos despojados del pecado, inmaculados. Y un acto de penitencia para conseguir este estado de gracia se celebra este Sábado de Pasión en forma de procesión, denominada Piedad y Reconciliación, la primera de las que yo denomino de oración, que tiene un claro significado, el de la curación y el perdón. Organizada desde el año 2005 por la Hermandad Franciscana de la Santísima Virgen de la Piedad, esta procesión se viste de marrón franciscano para lograr la exención de los pecados y la pureza del alma que se dispone a vivir con devoción plena y sincera la Pasión del hijo de Dios hecho hombre.

El examen de conciencia, la contrición y propósito de la enmienda, la confesión y el cumplimiento de la penitencia se escenifican iconográficamente en la Piedad, la conmovedora imagen de la madre de Dios lamentando la muerte de su hijo, al que abraza en su regazo con el semblante hundido en su pecho, según se presenta en la talla moderna de los Hermanos Martínez, que es la titular de la Hermandad Franciscana, y se venera en la iglesia de San Agustín. La Piedad simboliza la clemencia y la misericordia de la Madre hacia quienes crucificaron a su hijo.

Este desfile, que procesiona al ritmo seco y cortante de las carracas, nació con vocación itinerante por los barrios de la ciudad, en cuyas parroquias se celebraba el acto de la penitencia, pero ahora, manteniendo ese mismo sentido de reconciliación y redención de los pecados, se ha convertido en un encuentro de la Piedad con los templos franciscanos de la ciudad, tutelados por la corona franciscana como símbolo de amor, humildad, fe y esperanza, con el arropamiento de la sencilla imagen de San Francisco de Asís portando en las manos una cruz, como homenaje a la advocación de la hermandad organizadora y a la destacada presencia que la orden franciscana ha tenido en Palencia a lo largo de la historia, importancia que se mantiene en la actualidad en la vida cofrade.

Domingo de Ramos. Los hermanos de las penitenciales palentinas se han confesado el Sábado de Pasión, han expiado sus pecados, han purificado su alma y se disponen ya a iniciar el relato de la Pasión con la entrada de Jesús en Jerusalén, el momento evangélico que abre una historia acontecida hace más dos mil años y que terminará con la muerte del hijo de Dios en la Cruz. Esta procesión del Domingo de Ramos, que los palentinos llamamos cariñosamente la Borriquilla, es toda una fiesta de color, de música, de vida y de esperanza. Miles de palmas amarillas cimbreado reciben al hijo de Dios manifestado iconográficamente en el conjunto escultórico de Víctor de los Ríos que tanto cariño despierta entre los niños, y que es propiedad de la Real Cofradía del Santo Sepulcro, que organiza esta procesión al menos desde finales del siglo XVI.

Este desfile simboliza la vida que encarnan los niños que caminan detrás de la Borriquilla, un cuadro alegre y simpático, que aglutina todas las miradas con su marcha deslavazada pero firme, fruto de su inocencia y su candidez, la misma que tenían los seguidores de Jesús cuando le acompañaron en su entrada mesiánica en Jerusalén a lomos de una borrica que sus discípulos le proporcionaron porque “el Señor lo necesita”.

Es una procesión en la que las agrupaciones musicales entonan marchas alegres, de gran sonoridad, que evidencian el carácter celebrativo del desfile, mientras que las palmas simbolizan las palabras con la que Jesús entró en Jerusalén, ‘Hosanna en las alturas, Hosanna al hijo de Dios’, que expresan el júbilo y la alabanza, en un grito popular de aleluya que los católicos entonan con gozo para preparar la Pascua que se avecina.

Procesión del Santo Rosario del Dolor. De la celebración popular y esplendorosa en la matinal del Domingo de Ramos, la jornada termina con un acto de oración con la procesión del Santo Rosario del Dolor, organizada por la cofradía de la Santa Vera Cruz, un desfile cuyo origen se hunde hasta el año 1588 como procesión de disciplina y penitencia que se celebró para pedir éxitos militares a la Armada Invencible que combatió contra Gran Bretaña, aunque se dejó de celebrar en 1957 y se recuperó en 1999.

Esta es una procesión de oración, la segunda del ciclo palentino. A lo largo de su itinerario, que culmina en el Cristo del Otero, se rezan los Misterios Dolorosos del Santo Rosario en varios templos: el convento de

las Dominicas y en las iglesias de San Pablo; María Estela y San Ignacio y Santa Inés y, ya en lo alto del cerro, en la ermita del Cristo del Otero, junto a la imponente imagen del Sagrado Corazón de Jesús, del gran escultor palentino Victorio Macho. A través de los Misterios Dolorosos se evocan los momentos de la Oración de Jesús en el huerto, la flagelación, la coronación de espinas, Jesús con la cruz auestas y la crucifixión. Momentos intensos de la Pasión como abierto e inédito es el trayecto por el popular barrio del Cristo.

Pero la dimensión devota de esta procesión no empaña su dimensión estética, que se manifiesta en un sinuoso desfile por el camino de ascensión al alto del cerro y sobre todo por el encuentro y diálogo visual que se observa entre el Crucificado que procesiona, el Santísimo Cristo de la Vera Cruz, del siglo XVI, antigua imagen titular de la cofradía y caracterizado por su dramatismo, y la esbelta talla que se eleva sobre los fértiles Campos Góticos, erigida a principios de los años treinta del siglo pasado promovida por el obispo Parrado, encuentro que tiene a Nuestra Señora del Dolor como testigo afligido. Hay otros momentos estéticos brillantes, como los que se producen en el descenso del cortejo hacia San Pablo, ya con la tibia iluminación de las candelas que ofrecen los hermanos de la Vera Cruz.

Lunes Santo. Jesús, el Mesías, ha llegado a Jerusalén. Allí expulsó del templo a los vendedores, se discutió su autoridad y predicó con parábolas el ejemplo de la virtud y de la verdad, lo que le condujo, inapelablemente, a vivir el proceso judicial y popular que culminó en el Calvario. El Lunes Santo se celebra la procesión de oración denominada Cinco Llagas, que invita a la plegaria, con motivo de las heridas de sangre que recibió Jesús en la Cruz. Están presentes en esta oración los que sufren, para aliviar su dolor. El paso que la protagoniza es Jesús Crucificado, de Alejo de Vahía, del siglo XV, el más valioso de los que procesionan en la capital palentina.

Esta procesión se inicia desde principios del siglo XXI con el revestimiento de los cofrades, un acto denominado ‘Vestición’, una catequesis aparentemente superficial, pero cuya enseñanza significa mucho en el desarrollo de las procesiones, por su simbolismo y por la belleza que se exterioriza a través de los elementos que acompañan al cofrade. La túnica

constituye una muestra del deseo de cambiar de vida y de dignificar el cuerpo y de hacerlo más parecido a Dios; el cingulo recuerda las ataduras de Cristo a la columna en que fue flagelado; la capa evoca a la Virgen, a la que invocan los hermanos en cada salida o entrada de su procesión; la medalla o las cruces simbolizan la unidad y enriquecen la variedad de las hermandades. El capirote oculta a la persona. Por último, los guantes son protectores de las manos en los trabajos duros, que «hablan de suavidad y delicadeza». La oración invita a «hacer el bien pasando desapercibidos para los demás» y a apuntar al cielo como «destino final».

El revestimiento, en definitiva, exterioriza lo que los cofrades llevan en su interior, en un mensaje que traslada la cofradía organizadora, según la visión de los jesuitas que regentaron la iglesia de San Francisco y de cuyas organizaciones marianas nació la cofradía de Nuestro Padre Jesús Crucificado y Nuestra Madre Dolorosa. «Nuestros hábitos hablan no solo a los sentidos, sino a nuestro corazón», se escucha en este acto previo a la procesión.

Este desfile, presidido por el imponente y dramático crucificado de Alejo de Vahía, tiene un carácter eminentemente jaculatorio, basado en la lectura de las cinco llagas que representan las heridas que Jesús sufrió en la cruz. Dolor y pasión caminan con esta talla a través unas sencillas andas que permiten un ritmo suave y pausado, con tandas de ocho hermanos que soportan a un Cristo inclinado, que acerca al público su dolor agonizante, mecido entre el recogimiento y el silencio de los fieles, que se hace profundamente intenso durante la lectura de las llagas.

La primera oración se reza por la llaga del pie izquierdo, donde se pide, como toda oración cristiana, por las vocaciones sacerdotales; la segunda se dedica a la llaga del pie derecho, con una mención expresa a los enfermos, los indigentes y los desamparados; en la tercera oración, dedicada a la llaga de la mano derecha, se pide por las vocaciones de la vida contemplativa.

La oración de la llaga de la mano izquierda se dedica a los religiosos volcados en la noble y responsable labor de la enseñanza, porque ellos labran el futuro de la iglesia y trazan los surcos por donde caminarán las nuevas

generaciones. La última oración recuerda la llaga del costado a través de la invocación por las «vocaciones laicales, por todos los hombres y mujeres, casados o solteros, que han encontrado su forma de santificarse y de hacer hermosa su vida mediante el trabajo profesional y el cumplimiento fiel de su deber».

Martes Santo. El acto litúrgico más relevante de la Semana Santa es la misa crismal, presidida por el obispo, que en Palencia se adelanta del jueves al martes. Su trascendencia radica en que los sacerdotes palentinos renuevan sus promesas sacerdotales para poder seguir impartiendo los sacramentos y cumplir sus sagrados deberes, ser leales dispensadores de los misterios de Dios y desempeñar fielmente la predicación como seguidores de Cristo que son. La catedral de San Antolín aglutina al presbiterio para ser testigo de la consagración del Santo Crisma y la bendición de los Santos Óleos con los que serán ungidos los pastores de la Diócesis, distribuidos por la capital y por una provincia dispersa que convierte a los curas en héroes itinerantes para ejercer su ministerio pastoral en unos pueblos castigados por la despoblación y en ocasiones por el abandono.

El Martes es también el día Santo en el que en Palencia se escenifica uno de los momentos más importantes de la Pasión: la detención de Jesús. Es la procesión del Prendimiento, que se inicia con un acto en la portada gótica de San Miguel marcado por un estricto protocolo: tres golpes en la puerta del templo al ritmo del tararú para invocar a Jesús de Medinaceli, el cautivo, en el inicio de su procesión. Su salida del templo, ya sea en la actualidad San Miguel o hasta hace unos años la catedral, es solemne, musicada por el Himno de Medinaceli a cargo de la Banda Municipal con la complicidad del conmovedor silencio de cientos de palentinos.

Jesús de Medinaceli desfila por las calles palentinas como el Nazareno que es amantado por todas las hermandades, pero guiados por dos de ellas: la cofradía que promueve su devoción y que el primer viernes de marzo se desvive para acoger a miles de devotos que veneran esta coqueta talla del siglo XVIII, y la cofradía de Jesús Nazareno. Esta procesión concentra la clave de la Pasión: la captura del Mesías en el monte de los Olivos, a la señal

D. FERNANDO CABALLERO CHACÓN

del beso de Judas, plasmado en un paso moderno de Carlos Guerra que capta el momento en el que el apóstol felón se dispone a exponer a Jesús primero ante el juicio del Sumo Sacerdote y más tarde a la condena de Pilatos.

Miércoles Santo. El Miércoles Santo se celebran dos procesiones de oración. La primera, el Santo Vía Crucis, combina la oración con el relato de la Pasión, que sirve de base al encuentro de Jesús en la Cruz en la devoción de los misterios dolorosos de Cristo. Es el Camino de la Cruz que siguió el Nazareno a través de catorce estaciones, simbolizadas en las correspondientes cruces que portan hermanos de todas las cofradías y que se sitúan estratégicamente en el perímetro de la Plaza Mayor, una formación que recuerda el lema de los cartujos: “La Cruz permanece en pie mientras el mundo da vueltas”.

Preside el acto el impactante por su patetismo Santísimo Cristo de la Misericordia, que impone respeto por sus facciones realistas que ensalzan la talla por las oscilaciones del pelo natural, fenómeno que en los últimos años se ha potenciado al ser portado en andas. Su dramatismo parte de un rostro doliente, inclinado sobre el hombro derecho y con los ojos mirando hacia el cielo implorando el perdón y encomendando su espíritu al Padre. Es el Cristo misericordioso todavía vivo que perdona a quienes le han crucificado.

La cofradía que vela por su devoción amplió su patrimonio con la imagen mariana de la Virgen del Perdón, que iconográficamente representa a la Dolorosa. No es casualidad que esta hermandad, promovida en 1943 por las Hermandades Civiles de Caballeros Mutilados, Excombatientes y Excautivos de la Guerra Civil, organizara a finales de los años cuarenta una procesión denominada del Perdón que llegaba a la entonces Prisión Provincial de Palencia.

La segunda procesión del Miércoles Santo, **Luz y Tinieblas**, también de oración, tiene un significado especial, el recuerdo a los cofrades difuntos, pues no en vano el cortejo llega hasta la parroquia de Nuestra Señora de Allende el Río, junto al pequeño cementerio que da aún sepultura a vecinos de esa zona de la ciudad. Esta procesión es la prolongación del Ejercicio de Tinieblas, organizados ambos por la Hermandad Franciscana Virgen de la

D. FERNANDO CABALLERO CHACÓN

Piedad. Su sede canónica, la iglesia de San Agustín, se viste de oscuridad para celebrar una ceremonia litúrgica que simboliza las exequias de Cristo y que permite prepararse con intensidad, recogimiento y silencio para la muerte del Salvador.

El luto llega pausadamente al apagarse una a una, con la lectura de los salmos, las quince candelas del tenebrario que representan a los grandes protagonistas de la Pasión: los once apóstoles que se mantuvieron fieles al mensaje divino tras la traición de Judas; las llamadas tres marías (María Salomé, María de Cleofás y María Magdalena) y a la Virgen María, cuyo cirio principal, en otros tiempos llamada la ‘vela María’, se destaca sobre los otros, para permanecer encendido y recordar así la muerte del Redentor. Este acto, que ha reforzado la dimensión litúrgica de la Semana Santa palentina, se desarrolla con una sencilla escenografía que combina la lectura de las oraciones y la progresiva oscuridad, siempre con la mirada límpida del Santo Cristo Señor de la Vida y de la Muerte, una talla reciente de los Hermanos Martínez de principios del siglo XXI que mantiene la tradición escultórica castellana de dramatismo y patetismo, en este caso realzado con un rostro duro con los labios entreabiertos que imploran compasión al Padre, en una iconografía que celebra la vida sin desdeñar la muerte y la esperanza en la resurrección.

Este es el Cristo que desfila en posición inclinada en una procesión que tiene uno de los momentos más significativos desde el punto de vista estético en el paso por el entorno de la catedral hasta llegar al angosto Puentecillas, por el que solo circulan los cofrades, y el Paseo natural de los Canónigos, todo ello ambientado en la nocturnidad tenebrosa de las aguas del Carrión y de la arboleda del Sotillo. Desde el año 2018, esta procesión cuenta con una imagen Dolorosa creada por Esteban Sánchez que también ha enriquecido la iconografía mariana de la Semana Santa palentina.

Jueves Santo. Nos vamos acercando a los grandes desfiles, pero también la cumbre de estos días, el Triduo Pascual. Las procesiones de oración van a dar paso a las históricas, las que reflejan con más profusión de pasos la historia que culmina en la esperanza. El Jueves Santo se inicia, no

D. FERNANDO CABALLERO CHACÓN

obstante, con una procesión de oración, de silencio, de recogimiento en torno a una imagen mariana, la Quinta Angustia, un acto penitencial organizado desde 1999, que representa el dolor de la madre momentos antes de la muerte de su hijo en la Cruz. Es el quinto de los siete dolores que padeció la Virgen en la vida de su Hijo. Escribe el evangelista San Juan que “junto a la cruz de Jesús, estaba su madre”.

Esta madre hundida en el dolor que contempla angustiada la Pasión de su hijo es la que recuerda esta procesión, que se celebra en absoluto silencio, solo roto por los golpes secos y resonantes del tambor en la sonoridad nocturna que brota en las angostas calles del casco antiguo de la ciudad, procesión que este año incluirá un homenaje a los mayores en la residencia de San Francisco con el poético nombre de Luz y Amor, y un encuentro de la Quinta Angustia con el Cristo del Perdón en un acto penitencial del Quinto Dolor de la Virgen, en la plaza de San Francisco, junto al antiguo convento que inspiró la advocación más antigua de esta penitencial.

En esta procesión desfila la Quinta Angustia, una emotiva talla de Antonio de Amusco de 1607, ensalzada este año con una preciosa diadema a modo de corona. La Virgen asiste sentada con gesto grave de dolor a la muerte de su hijo, al que mira afligida con el rostro inclinado a la izquierda y orientado hacia la Cruz y la mano izquierda sobre el pecho. Ademanes de dolor, de tormento, de sufrimiento, a la vez que de resignación ante el trágico destino que vive el Salvador, sentimientos aglutinados en una procesión en la que un pequeño coro de hermanos del Sepulcro enfatiza la dimensión íntima con música sacra.

Procesión del Perdón e Indulto. El recogimiento nocturno de la Quinta Angustia da paso a una nueva procesión, ya en la mañana del Jueves Santo, de dimensión histórica. Es la procesión del Perdón e Indulto, un acto penitencial que recuerda el momento evangélico cuando se perdonó a Barrabás, aclamado por el pueblo judío en detrimento de Jesús, que fue condenado a morir en la Cruz ante la indiferencia de Pilatos que se lavó las manos. El objetivo que persigue esta procesión es indultar a un preso del centro penitenciario de La Moraleja, ubicado en Dueñas. Una práctica

D. FERNANDO CABALLERO CHACÓN

habitual en la Semana Santa en muchas ciudades españolas es la liberación por parte del Consejo de Ministros de un preso a petición de las cofradías, que tiene como significado esencial plasmar en una realidad concreta el carácter misericordioso de Cristo, cuando, ya en la cruz, invocó al Padre que perdonara a los que le habían condenado y llevado a la cruz.

El carácter simbólico del Indulto se mantiene en los últimos años con la Plaza Mayor como escenario, a la que se llega en sendos desfiles protagonizados por el Cristo de la Misericordia y Nuestra Señora del Perdón, la representación mariana de la hermandad, estrenada en 2018 y creada por el imaginero Óscar Salmerón. Es la grandeza de la Semana Santa, cargada de símbolos, de guiños, de concesiones a la actualidad, pero manteniendo siempre el rigor litúrgico, en este caso para celebrar la compasión y la clemencia del Señor. La ausencia de un preso en los últimos años no resta importancia al acto simbólico que para los católicos tiene la dimensión misericordiosa del Mesías sumido en el dolor de la Cruz.

La Oración del Huerto. Cuando en el siglo XVI se configuraron las procesiones de la Semana Santa palentina del Jueves y el Viernes Santo, se encajaron bien las piezas desde el punto de vista cronológico: la Vera Cruz aportaba los momentos en torno a la cena del Señor; Jesús Nazareno, los tiempos previos a la muerte y la propia muerte en la cruz, y el Santo Sepulcro, el descendimiento y el entierro.

La tarde del jueves tiene nombre propio, la Vera Cruz. La cofradía que venera desde 2002 el Lignum Crucis autenticado por el Vaticano celebra su procesión de disciplina, establecida en 1524, de La Oración del Huerto, que en su origen se denominó Jueves de la Cena. En ella desfilan los pasos propiedad de la cofradía de la Vera Cruz que escenifican momentos cruciales de la Pasión, con una imaginería que abarca seis siglos de la historia del arte, desde el dramático Yacente, del siglo XVI, hasta obras de la primera década del XXI. Con momentos de alegre simpatía –los más pequeños portando una sencilla imagen mariana–, y otros sumamente llamativos, como el levantamiento por los cofrades de los espectaculares pasos de la Santa Vera Cruz-Lignum Crucis y de Nuestra Señora de la Vera Cruz para salvar

D. FERNANDO CABALLERO CHACÓN

los hitos de los Cuatro Cantones, una pericia de los cargadores que despierta verdadero furor y prolongados aplausos entre las miles de personas que se concentran en ese punto, aunque este año el obispo y la Hermandad de Cofradías han considerado que el mayor reconocimiento a esta pericia es verla con el respetuoso silencio que precisa una procesión.

Pero esta procesión marca el inicio del Triduo Pascual, las jornadas en las que realmente se concentra la Pasión, Muerte y Resurrección. Hasta el domingo, la Iglesia celebra los acontecimientos señeros de esta jornada, los que definieron el devenir de los cristianos, a través de la institución de la eucaristía en la Última Cena, del lavatorio de pies, el prendimiento, el juicio, la sentencia, la muerte en la Cruz y la resurrección de Jesús. Jornadas que se celebran con profunda fe, ayuno y abstinencia.

Las cofradías penitenciales devotas de la Vera Cruz se encuentran entre las más antiguas e imprescindibles de la Semana Santa. No hay ciudad o pueblo sin esta advocación penitencial, que simboliza la esencia del Misterio Pascual, un camino de dolor que culmina en la Cruz erigida en el monte Calvario, la magna cruz en la que el Hijo de Dios expiró y entregó su espíritu. Desde entonces, la Cruz se ha convertido en el signo esencial de los católicos que acompaña a las oraciones, en la liturgia e incluso en la vida cotidiana. La Cruz es la señal de los católicos para evidenciar su devoción. Es la esencia de la vida cristiana. “El amor de Dios es Cruz”, escribió San Rafael Arnaiz, santo trapense que vivió su propia cruz en la enfermedad.

Los pasos que desfilan en esta procesión señalan un camino que tiene en la Cruz la cima del perdón y de la salvación.

Viernes Santo. Si importante en el relato de la Pasión es el Jueves Santo, no lo es menos el Viernes Santo, que en Palencia tiene a dos cofradías protagonistas, Jesús Nazareno y Nuestra Madre la Virgen de la Amargura y la Real Cofradía del Santo Sepulcro, sin olvidarnos de la importancia que adquieren los Monumentos en los templos y capillas, sustitutos de la liturgia y depósitos del cuerpo del Señor, cuya estética se afanan las cofradías en mejorar año a año.

La jornada se inicia en la madrugada con la última procesión de oración, Silencio y Penitencia. Fue en 1996 cuando los nazarenos aprobaron estrenar esta salida para homenajear a su anterior paso titular, llamado cariñosamente el ‘nazareno abuelo’, una obra del insigne imaginero Tomás de la Sierra, con más de 300 años de vida.

Esta procesión de oración se celebra en el más absoluto silencio y con las calles a oscuras, solo con la tenue luz de las candelas que distribuyen los nazarenos, que aportan una imagen plástica como si de un cuadro brillante de estilo puntillista se tratara. Los nazarenos procesionan el paso descalzos, como prescribe su regla, en un desfile que cada año congrega a miles de personas en torno a la plaza de San Pablo y las calles del casco antiguo por donde se desplaza. A lo largo de la procesión se escenifican las tres caídas que sufrió el nazareno, una de las cuales, la tercera, tiene lugar en el interior de una catedral en silencio que potencia el vacío del templo, con una leve sonoridad fruto del barrido de las túnicas por el viejo pavimento de la seo palentina. Dentro de la catedral, silencio, recogimiento, intimidad, emoción... Las caídas exponen a Jesús como un hombre frágil, pero a la vez humano y vigoroso al sobreponerse exhausto a las tres, porque sabe que su camino finaliza en la Cruz. Todo ello hace de esta procesión una de las más atractivas del ciclo penitencial palentino.

Pero los nazarenos protagonizan en la mañana del Viernes Santo su centenaria procesión con la salida de su capilla de Los Pasos, acompañada de una imaginería que representa los momentos previos a la muerte de Jesús. Es también una procesión de regla que se ha ido potenciando a lo largo de los siglos, entre otros pasos, con tres vistosos y artísticos conjuntos procesionales, todos ellos del siglo XVII: La Verónica, La Erección de la Cruz y Longinos, arropados al principio por los dos nazarenos y al final por la Virgen de la Amargura. Si las numerosas túnicas moradas de la madrugada quedan diluidas en la nocturnidad de la procesión del Silencio y Penitencia, en la mañana de Los Pasos, brillan en todo su esplendor.

Esta procesión responde al carisma de la penitencial organizadora: escenificar el camino de Jesús hacia el monte Gólgota, que significa ‘lugar

D. FERNANDO CABALLERO CHACÓN

del cráneo', donde fue crucificado, con actores de reparto que, sin embargo, forman parte esencial del relato de la Pasión como el campesino de Cirene que volvía del campo y al que obligaron a soportar el peso de la cruz, la mujer que lavó el rostro del nazareno con un paño y dejó en él reflejado su rostro de dolor en lo que años después se ha denominado la Santa Faz o el hombre que clavó al ya Cristo crucificado y muerto una lanza en el costado, de donde brotó sangre y agua.

En la despedida de esta procesión se escenifica, en una plaza de San Pablo abarrotada de público, el encuentro de Jesús con su madre en la calle de la Amargura, camino del Calvario. Es un acto, que pese a su carácter íntimo y emotivo por el significado que tiene, resulta espectacular por la habilidad de los hermanos nazarenos en los movimientos de los pasos en andas y especialmente por las tres genuflexiones que el nazareno titular de la cofradía realiza ante la Virgen de la Amargura. Un acto, en fin, muy ordenado y de gran vistosidad y elegancia.

Santo Entierro. La tarde del Viernes Santo corresponde a la cofradía del Santo Sepulcro que escenifica en las calles dos momentos esenciales en el relato de la Pasión, el descendimiento de Cristo y el Santo Entierro.

La función del descendimiento nació en el año 2003 para impulsar la Semana Santa palentina recuperando una antigua tradición de esta penitencial, fundada en 1407, que organizaba en su patio de comedias obras de teatro para financiar sus acciones de caridad y otras actividades. Además de esta oferta dramática, en colaboración con el convento de San Francisco organizaba ya en el siglo XVII la función del descendimiento. La cofradía del Santo Sepulcro recuperó este acto con una representación en la plaza de la Inmaculada muy cuidada y cargada de intimidad y de intensidad. La solemne música sacra acompaña el relato del descendimiento desde que José de Arimatea reclama a Pilatos el cuerpo de Jesús, compra una sábana limpia y ayudado por Nicodemo lo deposita en el sepulcro.

Hermanos de esta penitencial, revestidos de frailes como un guiño histórico a los franciscanos, proceden a desenclavar a Cristo, representado en una imagen articulada de Miguel Ángel Rojo, que lentamente y con el

D. FERNANDO CABALLERO CHACÓN

respeto del público desciende de la Cruz para ser depositado en unas sencillas andas. Nuestra catedral se convierte simbólicamente así en el santo sepulcro palentino donde el hijo de Dios yacerá apenas durante tres días. Por la puerta de Santa María se interna entre un respetuoso silencio el desfile de diez hermanos del Sepulcro con el cuerpo yacente y los clavos y la corona de espinas que fueron retirados del Cristo crucificado.

Sin apenas dilación, comienza el último gran desfile de la Semana Santa Palentina, que escenifica el Santo Entierro en una procesión ordenada que saca a las calles los pasos que simbolizan los postreros momentos de la Pasión. Si la catedral se convirtió en la morada de Cristo, esa morada tiene ahora en la calle su despedida definitiva.

Esta procesión se organiza desde finales del siglo XVI al estar incluida en la regla de la cofradía de San Francisco. A lo largo de los siglos, el cortejo fúnebre se ha impulsado con pasos de la propia penitencial y otros invitados. Todos ellos constituyen una catequesis de arte y de fe en torno a un momento de la Pasión que se desarrolla bajo el luto de un conmovedor silencio. Dice el evangelista San Juan que en el lugar en el que crucificaron al hijo de Dios “había una huerta, y en ella, una tumba nueva, en la que todavía nadie había sido sepultado. Como era para los judíos un día de preparación y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús”.

La cofradía del Santo Sepulcro escenifica un sepelio que llena de emoción las calles de Palencia con tres soberbios conjuntos procesionales de principios del siglo XXI, creados por Miguel Ángel Rojo: ‘Cristo del Perdón’, imagen viva que implora misericordia para todos los que no saben lo que hacían al crucificarle; ‘El Calvario’, donde Cristo comparte con dos ladrones la muerte, y ‘Descendimiento’, pasos todos ellos descriptivos de la secuencia de cómo murió el Mesías; que preceden a la Piedad, que representa a la madre con su hijo muerto en su regazo, y a la Soledad, secuencia que culmina con un conmovedor y dramático yacente de Ramón Núñez, magnífica pieza escultórica que camina hacia su centenario, arropado por la Virgen de los Siete Dolores, la sentida dolorosa que acompaña al hijo en su

entierro con los siete cuchillos hundidos en el corazón que simbolizan los siete dolores que sufrió María en la Pasión.

La procesión del Santo Entierro enfatiza las figuras de Cristo y de la Madre, por lo que están invitados pasos de otras cofradías con idéntica advocación para configurar un desfile que constituye una maternidad de duelo.

Sábado Santo. Palencia inicia el Sábado Santo con un guiño a nuestros mayores a través de un Viacrucis organizado cada año en espacios sociales y religiosos diferentes por la cofradía de Jesús Crucificado, Vía Crucis en el que se rinde un homenaje a las personas que nos aportan la experiencia, los conocimientos de la vida, los que nos han transmitido los valores y principios fundamentales que guían nuestra sociedad y las tradiciones que no debemos perder, y una de ellas es sin duda la manifestación de fe popular que es la Semana Santa.

Pero fundamentalmente Palencia dedica el Sábado Santo a la Madre sin el hijo, a la Soledad de la Virgen que llora su muerte. Lo hace con dos procesiones que ponen de manifiesto el dolor y el luto de la mujer por la pérdida de su hijo. La Madre se muestra como símbolo de la mujer que sufre y padece esa ausencia. En Palencia, la procesión de la Soledad de la Virgen, organizada por la cofradía homónima, se estrenó en el crepúsculo del siglo XX como un homenaje de las mujeres palentinas a la Madre que ha enterrado a su hijo abismada en el dolor más profundo. De hecho, esta procesión actual vino a recuperar la que se celebró hace años que se denominaba ‘Las mujeres palentinas con nuestra Señora de la Soledad’.

Una Madre que se refleja solo con las imágenes marianas de las penitenciales palentinas. Toda una exhibición de fe popular y de arte que arranca en el siglo XVII y termina en el año 2018, lo que vuelve a poner de manifiesto la riqueza iconográfica de la Semana Santa palentina.

Algunas tallas y las manolas desfilan con la banda dorada que recuerda el llamado ‘derecho de tocas’ que otorgó Juan I a las mujeres nobles palentinas por frenar en 1387 el avance del duque de Lancaster por tierras ibéricas para reivindicar la corona de Castilla, de la cual se consideraba

D. FERNANDO CABALLERO CHACÓN

legítimo descendiente. Este guiño a la historia local no resta importancia a esta procesión en la que la Virgen de la Soledad recorre las calles amantada por cofrades y numeroso público, y que culmina con el canto colectivo de la Salve, la canción mariana más popular.

Soledad es dolor, es ausencia, es recuerdo y es memoria de las personas que nos abandonaron y nos han sumido en el desamparo. De ahí que quiero aprovechar este momento para dedicar este pregón a esas personas que me dejaron sumido en esa triste soledad: a mis padres, Ángel y Paulina, y a mi hermano Susi. ¡Seguro que escucharán juntos estas palabras desde el cielo!

Decía que soledad es dolor y Dolor es el nombre de la procesión que celebra a primera hora de la tarde la cofradía de la Vera Cruz para trasladar su imagen mariana, obra de Melchor Gutiérrez, revestida de luto con un velo de terciopelo negro, para incorporarla a la procesión de la Soledad. La Vera Cruz realza el papel de la Madre de Dios en este Sábado Santo no solo con esta procesión del Dolor, sino también con la ofrenda floral que organiza a la Virgen del Dolor por parte de colectivos, particulares y cofrades, una talla esta que pertenece al convento de las dominicas de la Piedad y que durante la Semana Santa abandona la clausura para participar en actos penitenciales. Uno de ellos es este caluroso y colorido homenaje que recibe en la iglesia conventual de San Pablo por parte de decenas de palentinos que encuentran en cada flor las cuentas del Rosario.

Domingo de Resurrección. Cuenta el Evangelio de San Mateo: “Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a visitar el sepulcro. De pronto, se produjo un gran temblor de tierra: el ángel del Señor bajó del cielo, hizo rodar la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella. Su aspecto era como el de un relámpago y sus vestiduras eran blancas como la nieve. Al verlo, los guardias temblaron de espanto y quedaron como muertos. El ángel dijo a las mujeres: No teman, ya sé que ustedes buscan a Jesús, el Crucificado. No está aquí, porque ha resucitado”.

D. FERNANDO CABALLERO CHACÓN

La Semana Santa, en la mañana del domingo, da un giro radical. La tercera palabra de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús ha virado hacia el gozo: El duelo da paso al júbilo; el silencio, a las marchas alegres e incluso a la explosión de los cohetes; las mantillas blancas sustituyen al riguroso luto y el color negro se transforma en ‘Aleluya’, la palabra que se canta cuando la Virgen del Rompimiento del Velo es despojada de su manto oscuro y los hermanos de la Vera Cruz se descubren el rostro oculto por el capillo.

La Madre vuelve a mostrarse esplendorosa ante su hijo resucitado, manifestado en Palencia en la Sagrada Custodia, que simboliza la celebración litúrgica que Jesús instituyó en la Última Cena. La procesión del Rompimiento del Velo tiene forma de Y griega, con dos desfiles que se fusionan en la Plaza Mayor, el de los hermanos de la Vera Cruz, con la imagen de la Virgen aún enlutada, y el resto de hermandades que acompañan al Santísimo, que desfila bajo palio. Una procesión que frente al Ayuntamiento celebra un sencillo pero intenso protocolo con la colocación de la corona a la Virgen y los saludos de la Madre al Santísimo, para dar paso a nuevas y simpáticas estampas: la de los niños cofrades portando el velo negro y el lanzamiento de pétalos de flor en la Calle Mayor al paso de la Virgen y del Santísimo. Se inicia la Pascua y un nuevo tiempo litúrgico basado en la esperanza y en la vida.

Con el tradicional reparto de la colación en las cofradías, Palencia pone así su punto final a una Semana Santa que debe seguir el camino de crecimiento iniciado en los años noventa del siglo pasado en número de cofrades, pero también en actos penitenciales de dimensión litúrgica que vayan más allá de las manifestaciones de fe popular en las calles.

Liturgia, penitencia, devoción, misericordia, perdón, rigor, orden, solemnidad, simbolismo, arte, belleza... Son algunas de las palabras clave que conforman nuestra Semana Santa. La debemos afrontar con el mayor esplendor y con el anhelo claro que tenemos de fe, consuelo y esperanza.

He dicho

Muchísimas gracias por su atención